

CONCLUSIONES

Por ANTONIO DÍAZ SOTO Y GAMA

Dos cosas se desprenden de la historia del almazanismo condensada y hecha vida en los documentos anteriores.

Una es el esfuerzo gigantesco desarrollado por el General Almazán, en sacrificios personales y en desembolsos pecunarios, para despertar el civismo del pueblo mexicano, conducirlo en una forma y en una escala que nunca antes de él había conocido nuestra historia, a protestar virilmente contra la más burda de las imposiciones, y para intentar mediante el triunfo de su movimiento, que la revolución mexicana se depurase, sacudiese el gansterismo lideresco, tornase a sus fuentes primitivas y lograrse cumplir sus altos ideales de libertad, justicia y bienestar para todos.

La otra cosa es la imposibilidad material en que el General Almazán estuvo, para hacer respetar, como él había ofrecido y deseaba, la voluntad enérgicamente manifestada por el pueblo, de llevar al mismo divisionario a la presidencia de la República.

Hechos completamente ajenos a su voluntad y en lo absoluto superiores a ella, le impidieron, constante y sucesivamente, hacer respetar la soberanía popular por medio de una revolu-

ción triunfante —único camino que la dictadura cardenista dejaba abierto.

Viejo guerrillero, viejo luchador, que lo mismo había sido perseguidor que perseguido, defensor del gobierno que sostenedor de rebeldía, comprendió desde luego que, a falta de una revolución sangrienta y prolongada que la situación internacional no consentía, quedaba sólo la posibilidad de un acto de sorpresa, de un movimiento vertiginoso y arrollador, de una verdadera ofensiva relámpago.

La intentó mediante su audaz evasión furtiva de Panamá rumbo a la costa norteamericana, procurando así burlar la vigilancia y la resistencia del gobierno cardenista, que lo esperaba por el extremo Sur de México, cuando él se proponía internarse por el extremo Norte, donde a la sazón no había la menor concentración, y sí favorable escasez de elementos militares contrarios.

El golpe hubiera resultado de éxito seguro si la deslealtad de un periodista, que juró amistad, no hubiese puesto en guardia a la policía y a la prensa del país vecino, permitiéndoles acudir a Mobile —lugar del desembarco—, para poner al descubierto, con escándalo, los planes de Almazán.

El golpe por sorpresa, que hubiera puesto en manos de Almazán tres o cuatro puntos estratégicos de la frontera —incluso la importantísima ciudad de Monterrey—, y que hubiera determinado psicológicamente, por el irresistible efecto de tres o cuatro rápidas victorias, el levantamiento en masa del pueblo en toda la República, y de una considerable porción del ejército; ese golpe, de hábil estrategia militar y política quedaba, así, fallido.

Almazán tenía que cambiar totalmente sus planes. Sobreponiéndose a su contrariedad, comprendió desde luego que no cabían ya improvisaciones y que había que prepararse.

¿Cómo? Allegando elementos de guerra en grandes cantidades y en forma tal que fuese posible, con gruesos

contingentes, alcanzar a la primera intención, dos o tres triunfos sonados sobre el gobierno, que quebrantasen la moral de éste y enardeciesen, en cambio, y electrizarasen, al pueblo de México.

Para conseguir esos elementos, y sobre todo para lograr su introducción al país en forma de que no llegasen a faltar nunca los pertrechos necesarios para una campaña eficaz y arrolladora era preciso contar con la ayuda, o cuando menos con la franca tolerancia del gobierno de los Estados Unidos —poderoso vecino sin cuyo apoyo jamás ha podido triunfar en México revolución alguna.

Y esto por una sola razón: porque para combatir a un gobierno que tiene parque y armas en abundancia, sólo hay un camino: conseguir parque y armas del otro lado e introducirlas a través de la frontera.

Intentó, pues, Almazán, con perseverancia y con decoro, dilucidar ese punto básico; ¿se contaría con la anuencia del gobierno americano para la adquisición de elementos de guerra, o por lo menos para su introducción a México, una vez conseguidos en otra parte?

La respuesta del gobierno americano fue constantemente negativa: él no podía dar esas facilidades sin comprometer la política del “buen vecino”. Simpatizaba, sí —o fingía simpatizar— con Almazán, pero no podría ayudarlo sino cuando éste dominase una gran parte de México.

¿Y cómo alcanzar ese resultado, contra un gobierno vigilante y preparado, no contando con armas y parque?

La situación de Almazán quedaba así colocada en un círculo vicioso, en un callejón sin salida.

Obtuvo, sí, promesas teóricas del Presidente Roosevelt, a través de su hijo: pero cuantas veces Almazán intentó conseguir los pertrechos que necesitaba, no ya en los Estados Unidos sino en Cuba o en países de América central, tropezó con la

misma respuesta, con la misma dificultad: el gobierno norteamericano no podía dar su permiso, y no lo daba, para la introducción de esos pertrechos.

Aun así Almazán, en parte desorientado por las promesas del hijo de Roosevelt –constantemente confirmadas por enfáticas declaraciones del licenciado Víctor Velázquez–, y en parte influenciado por la presión constante de sus amigos refugiados en los Estados Unidos, se vio arrastrado a hacer dos tentativas de penetración a territorio mexicano.

Una de ellas la hizo por virtud de los hiperbólicos informes de Melchor Ortega sobre grandes facilidades para hacer la invasión por Sonora, por Baja California, o por Chihuahua. El otro intento lo planeó el General Almazán a principios de noviembre de 1940, cuando creía tener a su favor al gobierno americano, atentas las seguridades que daba Elliot Roosevelt, acerca de que aquél podría obrar con libertad pasadas las elecciones del 5 de dicho mes.

Ambas tentativas de realizar un movimiento serio, fracasaron por hechos ajenos a la voluntad de Almazán. La primera, por efecto de la estafa de que éste fue víctima por parte de la persona comprometida a vender y a proporcionar las armas y el parque.

La segunda, por el cambio de frente de Roosevelt, al reconocer súbitamente a Ávila Camacho el 13 de noviembre y al dar inusitado realce a ese reconocimiento por medio del envío de la embajada presidida por Mr. Wallace.

Desde ese instante solamente quedaba a Almazán una solución en la que sólo una mente desequilibrada podía caer; realizar el movimiento revolucionario en México a pesar de los Estados Unidos y desafiando la oposición de éste.

Para obrar así se necesitaba ser un alucinado o un inexperto, un perfecto novato.

Almazán no era, ni es, una ni otra cosa.

En su vastísima experiencia como revolucionario, sabía y sabe que una revolución no triunfa en México sin el apoyo de los Estados Unidos –salvo el caso de un cuartelazo integral, como el que derribó a Carranza, y que no es posible ni deseable repetir al antojo de los interesados.

Almazán sabía, como lo sabemos todos los contemporáneos, que si el Norte pudo triunfar con relativa facilidad en 1911 y en 1914 fue porque los Estados Unidos se allanaron en los dos casos, a permitir el libre paso de armas y municiones; que si el Sur nunca pudo triunfar, a pesar de la inmensa popularidad de Zapata, fue por la carencia de esos elementos de guerra; y que las primeras y decisivas derrotas de Francisco Villa coincidieron con la negativa del gobierno americano para autorizar el paso de más trenes repletos de parque.

Almazán en esta vez fue derrotado, fue puesto en la imposibilidad de luchar, no por indecisión, no por cobardía –que nunca en verdad ha conocido–, sino porque a su paso se atravesó el destino, y contra éste nadie puede luchar.

Almazán no puede ser responsable de que con su intento revolucionario haya coincidido la simultánea coexistencia de la conflagración guerrera más intensa y trascendental que haya visto la historia. No es responsable de haber sido envuelto y reducido a obligada inercia por las consecuencias de esa conflagración. No es responsable tampoco de haber ido a estrellarse en la obsesión irrefrenable de Franklin Delano Roosevelt, inclinado y resuelto con idea fija y absorbente a no permitir que trastorno o conmoción alguna en la América Latina viniese a romper lo que él llama la unidad de la defensa del continente.

Es lícito, por lo mismo y en vista de lo expuesto, formular las siguientes conclusiones concretas:

1ª.- El General Almazán no pudo obrar de otro modo que como lo hizo.

2ª.- Al General Almazán no lo vencieron sus faltas o la indecisión que injustamente se le atribuye. Lo venció el destino, o si se quiere, la amenaza de la más grande de las potencias del continente.

3ª.- Almazán cumplió con su deber, en la pasada campaña cívica, como candidato, como mexicano y como hombre. Como candidato, desde el momento en que no esquivó ningún peligro, ningún esfuerzo, ningún sacrificio, ningún desembolso, para llevar a todas las regiones del país su propaganda y su programa, cuya excelencia es tal que lo han adoptado los mismos que combatieron su candidatura. Cumplió como mexicano, al haberse rehusado a embarcar a su país en la más peligrosa de las aventuras, con vistas a la pérdida de la soberanía o a la desmembración del territorio. Cumplió también como hombre, al preferir el sacrificio de su amor propio y de su vanidad de soldado, más bien que consentir en exponer a los suyos a espantoso ridículo o a la más sangrienta y estéril de las hecatombes.

4ª.- Al obrar así, el General Almazán ha dado a su generación y a las venideras, altísimo ejemplo de desinterés, de responsabilidad y de patriotismo. La historia recogerá su nombre con respeto. Poco importan la pasión y las diatribas de algunos contemporáneos.

5ª.- El General Almazán, por efecto de la gloriosa campaña de reivindicación libertaria que bajo su fuerte y viril dirección llevó a cabo el pueblo de México en los años de 1939 y 1940, ha dejado abierto el camino a la depuración de las instituciones y a amplísimas perspectivas de paz, progreso, evolución creadora y sana y consciente democracia.



No quisiera yo cerrar estos brevísimos comentarios, sin insertar y dedicar dos palabras al siguiente revelador mensaje:

“Querétaro, Qro., 26 de mayo de 1940.

General de Brigada Federico Montes.
Comandante 17^a. Zona Militar.
Insurgentes 331.
México, D. F.

EXTRAURGENTE. 17^a. Zona Militar. No. 505. Hoy efectuóse manifestación y mítin sinarquistas compuestos aproximadamente seis mil personas sin incidente alguno, con autorización autoridades correspondientes, habiéndose establecido servicios para evitar cualquier desorden. Durante acto hicieron uso palabra varios oradores, Sub-Jefe este estado y licenciado Zermeño Pérez Jefe Central Sinarquistas República, dando instrucciones los reunidos, que esa campaña efectuaban reclutando adeptos y que lo sucesivo deben dedicarse consolidar su posición, instruyéndose y perfeccionando su organización y este último para terminar dio siguientes consignas: Primera, cada uno de ellos desarrollará intensa labor fin evitar incúbase cualquier movimiento armado México, trabajando porque fracase el que tratan de organizar algunos elementos políticos, que deben considerarse traidores a la Patria. Segunda, la agrupación debe permanecer completamente al margen de la política, y tercera, recomiéndaseles absoluto respeto autoridades civiles y amor y simpatía al Ejército Nacional, porque Comité Nacional Sinarquista considéralo como Agrupación Representativa del Honor y Decoro de la Patria, que sabe estar siempre altura su deber y que no prestárase a maniobras incuban los antipatria. Quince horas quince minutos terminó acto, retirándose todos sus destinos. Suscrito acompañado General de la Torre, personalmente estuvimos dándonos cuenta lo anterior.

Respetuosamente. Coronel Inf. J. E. M.
MIGUEL ORRICO DE LOS LLANOS

Esto pasaba en mayo de 1940, o sea, en el periodo más intenso de la lucha contra el cardenismo, contra el lombardismo, empeñados en sovietizar a México y en corromper a la juventud y a la niñez con las enseñanzas del materialismo comunista.

En esos momentos de prueba, cuando todos los mexicanos conscientes del peligro no debían tener otra preocupación que la de librar al país de las garras de los elementos comunizantes, a la sazón adueñados del poder, resulta en verdad inconcebible esa actitud de abstención, de punible indiferencia, mejor dicho, de inexplicable complicidad con el gobierno de parte del elemento sinarquista, o mejor dicho, de sus directores, ya que las masas populares sinarquistas siempre estuvieron francamente de parte del General Almazán, como nos consta a cuantos entonces recorrimos los estados de Guanajuato, Michoacán y Jalisco.

Y los que así se condujeron en momentos de prueba, son los mismos que ahora atacan al General Almazán, atribuyéndole indecisión y falta de firmeza.

A. DÍAZ SOTO Y GAMA